HISPANOAMERICA ANTE EL COMUNISMO

POR

F. GIL Y TOVAR

> Moscú es la tercera Roma en la mentalidad del misticismo fanático paneslavo. Todos los pueblos y naciones del mundo deben de prestarle obediencia.
>
> WILLIAM C. BULLIT.

En 1878 escribe Fedor Dostoyewski una de sus páginas más auténticamente rusas, donde la mística eslava vomita la frase en un acceso de dogmatismo fanático: «Todos los hombres tienen que hacerse rusos, ante todo y sobre todo. Si la panhumanidad es la idea nacional rusa, todo hombre tiene ante todo que hacerse ruso.»

Si los clásicos rusos escriben a lo comunista es porque recogen y funden en la punta de sus plumas una conciencia popular y una circunstancia de vida rusa apta para el comunismo. Tolstoi, con su religiosidad sin brújula y el propio Dostoyewski suponen bastante de esto. Y Máximo Gorki, dedicador convicto de sus valores literarios a la lucha contra los opresores, significa la marcha del pueblo hacia el proyecto de vida comunista. La lucha contra la explotación que los escritores rusos recogen de su pueblo para decantarla de nuevo sobre él y los demás pierde su control en el momento preciso de la revolución y toda la mística se resuelve en una fórmula destructiva de todo lo que se asocia con el conservadurismo opresor. Por eso surge entonces el intelectual de actitud demoledora del tipo de Guerasimov; o como Kirilov, que canta al pueblo la canción que el mismo pueblo le enseña:

«Quemaremos a Rafael, arrinconaremos los museos y pisotearemos las flores del arte...»

La apreciación injusta.

La hondura mística, la aspiración social y la actitud odiosa demoledora y violenta ante un orden establecido serán, desde su germen, las paralelas de la acción comunista de marca rusa. A ellas se sumará una técnica tortuosa y oportunista de ataque dentro de una circunstancia machacona y de una hipocresía fundamental (1). Todo ello conjuga un estilo de trabajo sustancialmente malo, pero rotundamente eficaz en orden a conseguir sus metas de desintegración y revolución mundiales. La fuerza arrolladora de su ideario se une al tradicional empuje del eslavismo para crear uno de los productos euroasiáticos de innegable valor en su peligrosa expansión por todo el orbe.

Al comunismo no se le acostumbra a examinar en estos tiempos con plena objetividad, como los romanos no supieron valorar justamente el cristianismo, y ello viene a perjudicar más a quienes quieren combatirlo que al propio comunismo, de la misma manera que la ignorancia del hecho cristiano por parte de la sociedad de Roma en unas ocasiones, sus reacciones en extremo descentradas, en otras, o el negarse a reconocer la protesta social que evidentemente encerraba el nuevo orden, hicieron que el Imperio se defendiese rematadamente mal y terminara por diluirse ante la mística férrea y la constante abnegación de los cristianos, que en aquel tiempo heroico pertenecían casi todos a la clase explotada de los serviles.

Por lo mismo que estamos acostumbrados a oír apreciaciones inadecuadas del hecho comunista, podría incluso resultar algo escandaloso lo que vamos a decir aquí. Recordamos que José Antonio Primo de Rivera, que vió al comunismo de frente y sin reticencias, fué calificado de bolchevique por algunos, cuando ciertamente era lo más opuesto al bolcheviquismo porque contemplaba el mundo bajo el signo de lo espiritual frente a la posición materialista de los seguidores de Marx.

La revolución comunista es la interpretación diabólica de una aspiración social justísima que los cristianos no sólo deben compartir, sino superar.

«En las invasiones de los bárbaros—decía José Antonio—se han salvado siempre las larvas de aquellos valores permanentes que ya se contenían en la edad clásica anterior. Pues bien; en la Revolución rusa, en la invasión de los bárbaros a que estamos asistiendo, van ya

---

(1) «Sólo existe una cuestión de oportunidad. Yo soy pacifista cuando eso puede perjudicar a los Estados capitalistas; pero si me adueño del Poder en Rusia, seré todo lo contrario a un pacifista.»—Lenin.

ocultos y hasta ahora negados los gérmenes de un Orden futuro y mejor.»

Por tanto, mientras no se sepan justipreciar los valores positivos y negativos que aporta el marxismo no se podrán tomar posiciones serias contra lo que tiene de falso y de malsano. Para vencerlo, sólo hay un camino: superarlo. Todo lo demás será andar peligrosamente por las ramas.

No sólo es Rusia.

Pero hay algo más, y es la confusión frente a dos entidades distintas, motivada por una simbiosis perfecta con apariencias de unidad. Oímos y leemos con harta frecuencia declaraciones y discursos en los que, hablando del peligro rojo, se emplean indiferentemente los conceptos de Rusia y comunismo. De esta confusión nacen, como es natural, ideas poco claras acerca de cómo puede evitarse el peligro.

Muchos comparan la situación actual con la inmediatamente anterior, o bien con la etapa napoleónica o con la del Imperio español, y de esta supuesta equivalencia exprimen una conclusión aplicable al momento: la de que siempre que en Europa o en el mundo se han encontrado dos potencias de fuerza semejante ha surgido, «ipso facto», la guerra. Los casos de Hitler-Stalin, Napoleón-Alejandro, Carlos V-Francisco I y otros, son los ejemplos que sirven para la tesis y el de Rusia frente a Estados Unidos en la hora actual arroja la deducción lógica de que en el mundo de hoy, no bien salido de una, está ya abocado a otra nueva guerra; la cual, si muchos no se atreven a desearla, al menos la creen necesaria para aplastar a Rusia de una vez y con ello dar fin al comunismo.

Semejante argumento, que es el más comúnmente esgrimido, sería aceptable si no tuviera dos fallos: que la circunstancia de ahora no es la misma de las de los ejemplos y que el comunismo no es sólo Rusia.

La nación rusa o, más exactamente, el régimen soviético, si bien es hoy el principal sostén del comunismo, no es el comunismo mismo, y la fuerza de éste no reside tanto en los cañones rusos como en su estilo fanático y en sus aspiraciones directas hacia un orden nuevo de dimensión universal. Yerran seguramente los que dicen que Rusia quiere la guerra. La U. R. S. S., que es el comunismo—mientras que el comunismo no es sólo la U. R. S. S.—, tiene una probada táctica oportunista que ya hemos apuntado, y no se lanzará a una guerra abierta mientras sepa mantener una situación de sordo belicismo, de la que puede ob-

tener las mismas ventajas sin ninguno de los inconvenientes de un conflicto, en tanto pueda disfrutar de las facilidades que le ofrecen las democracias para seguir empleando su sistema de penetración en las sociedades humanas por otros medios—de las que no están excluídas las hipócritas alianzas de un momento, mediante el disfraz temporal y el mimetismo de ocasión, verdaderamente habilidoso en ocasiones—. No en vano decía Lenin que la mentira sería un arma que había de dar muchas victorias al comunismo.

No podemos pensar seriamente en que si una nueva guerra se produjese y de ella saliera Rusia derrotada, se habría resuelto el problema.

En primer lugar, en la futura guerra no habría vencedores ni vencidos, sino que el cataclismo tocaría a todos por igual, y en este caso, la ventaja sería indudablemente para el comunismo, que hallaría un campo de excelente abono para sus fines (1). Pero en el remoto supuesto de que no ocurriese así y que sólo la Unión Soviética sufriera las consecuencias de la catástrofe, ese minar de cimientos de la sociedad por parte del comunismo seguiría su marcha progresiva, aunque un plazo más o menos largo de aletargamiento de sus fuerzas por pérdida de la base pudiera engañar a muchos en el sentido de tomar por fin lo que sólo era lapso.

Porque, por otra parte, tampoco es del todo cierta esa hipótesis que se lanza con tanta frecuencia: el comunismo no es más que una doctrina creada como medio hegemónico, y cuyo fin es el Imperio ruso. Decíamos que esta afirmación no es del todo cierta, porque algunos flujos y reflujos de la política soviética inherentes a su carácter oportunista e hipócrita han podido dar pie, y con razón, a las dudas sobre cuál de las dos cosas es el medio y cuál es el fin: si Rusia o el comunismo.

Las posturas adoptadas por el Komintern a lo largo de su vida, como organismo internacional bolchevique, nos darán una idea más clara de cómo Rusia sigue siendo el medio, y la Revolución mundial el fin. Cuando en 1919, en plena revolución, se fundó el Komunischeski International (Komintern), bajo la presidencia de Dimitrov, se hizo con la única idea de servir al ideal comunista en todo el mundo. Trotsky, entonces el todopoderoso del movimiento, abogaba por lo que él llamó «la revolución permanente», es decir, por una ofensiva

---

(1) Stalin escribió en cierta ocasión, refiriéndose a una posible guerra: «Los vagones se llenarán de miserables, muertos en vida, como si fueran grandes féretros. De ahí saldrá la Revolución.» (Citado por Henry Barbusse en su biografía de Stalin; lo transcribo sin tener presente el texto, por lo que no respondo de la fidelidad a la letra, aunque sí a la idea.

mundial del comunismo; pero esto no era tan fácil y la ofensiva fué abocando a un fracaso rotundo, al tiempo que Stalin, menos romántico, eliminaba de su camino a Trotsky y se convertía en el «vozhd» de la Revolución. Aportaba el nuevo jefe una táctica radicalmente opuesta a la trotskista : en vez de dispersar, concentrar. Y, como consecuencia, la revolución se recluyó dentro de las fronteras rusas.

En opinión de Stalin, había que levantar el país en primer lugar, y llevarlo de nuevo al rango de gran potencia, para servir después de base de operaciones más segura. Así vino el total aislamiento, con la durísima etapa de reconstrucción por medio de los planes quinquenales, con el consecuente de la muerte por hambre de millones de rusos y el prolongado sacrificio de todo el pueblo.

Por obra de esta política de concentración de fuerzas, todos los partidos comunistas internacionales pasaron a servir al Estado soviético, y esto es lo que hizo que se creyera—y se crea—que el ideal comunista se sostiene como arma al servicio del imperialismo ruso. En parte, ya hemos aceptado que es así; pero solamente en parte, porque el proceso aún está en vías de desarrollo.

La disolución del Komintern en 1943 no debió sorprender, sabiendo las tan repetidas características soviéticas del oportunismo y del engaño; no se podía creer que «el más sagrado de los santuarios de la clase obrera»—según Stalin—pudiera desaparecer definitivamente de la noche a la mañana; pero el mariscal rojo ganaba con ello la confianza de sus aliados, mientras que la labor del organismo disuelto se mantenía por otros medios, hasta enlazar con el Kominform, recreación, en septiembre de 1947, del viejo Komunischeski Internacional.

Rusia ha alcanzado, pues, a ser un gran Estado por obra y gracia de la primera etapa del plan staliniano de concentración de fuerzas; pero no hay que olvidar que sigue siendo la base de la revolución mundial comunista.

Estamos asistiendo ahora a las primicias de la etapa segunda o de nueva proyección exterior.

Realidades frente a realidades.

Pero ¿es cierto que todo lo malo que ocurre en el mundo es obra diabólica de los partidos comunistas? Si leemos u oímos determinados periódicos y emisoras, puede parecer que sí. La afirmación no puede ser, sin embargo, más ingenua; no quisieran otra cosa los dirigentes soviéticos, al igual que ya quisiéramos los españoles ser realmente tan peligrosos como con admirable tenacidad se repite en la O. N. U.

España, cuyo aprendizaje ha sido demasiado sensible frente al experimento comunista internacional, ha señalado al mundo la realidad del peligro desde su cátedra del dolor y sin excesivas estridencias, aunque con marcado tesón. No es nada probable que se haya supervalorado la importancia de la intervención del comunismo soviético—en promiscuidad con los partidos españoles de la extrema izquierda—, en la trágica guerra civil de 1936-39; aquéllo tuvo bastante de batalla contra las fuerzas del Komintern, y esto no ha sido negado por nadie que sea imparcial.

En cambio, ahora se aplica el calificativo de comunista con tanta o más elasticidad que el de fascista, y, a veces, hasta de manera indiferente.

Incluso en España hemos oído y seguimos oyendo que el 14 de abril de 1931 tenía detrás la sombra organizadora de Moscú. Mentira candorosa o ganas de hablar con comodidad. Todo el mundo conoce la popularidad que disfrutó la República en sus principios y lo poco populares que eran, al mismo tiempo, las teorías soviéticas; si a los españoles de 1931 se les hubiera dicho que aquel paso era el de la sovietización, la inmensa mayoría hubieran renegado de la República; sin embargo, veían entonces la gran ocasión de España, y nada más que de España: el fracaso vino después y el oso ruso empezó a husmear todavía más tarde. En 1931, Moscú vivía su etapa de recogimiento, y le traía sin gran cuidado lo que aquí pasaba.

Un periodista procedente de Rusia nos decía que cuando estas teorías gratuitas llegaban a oídos moscovitas, sus carcajadas sólo eran comparables a las que recientemente oíamos en España cuando alguien achacaba al Gobierno de Madrid el haber financiado las últimas revoluciones del Perú y Venezuela.

El hecho parece ahora extremarse en los países de Hispanoamérica, donde los gobernantes no escatiman los títulos de nacifascista o comunista para sus enemigos, lo cual no obsta para que éstos, a su vez, empleen contra el propio gobernante idénticas acusaciones con la misma facilidad. El resultado no puede ser más que la peligrosa confusión de que ya hemos hablado y que sabrán aprovechar sin duda los comunistas auténticos. Es peligrosa porque, repetimos, impide una certera apreciación de la fuerza roja: o se ve en ella una amenaza mucho mayor de lo que es en realidad o se la considera como un simple mito, cosa que está muy lejos de ser.

La verdad hay que encontrarla en el punto medio. Cierto es que todos los pueblos de la Hispanidad—en Europa y América—han sido campos muy fértiles para la expansión comunista; la misma necesaria reacción española de julio de 1936 y los hechos que la precedieron

son prueba evidente de esta verdad. El riesgo de su expansión por tierras hispánicas es, desde luego. grave, a pesar de las actuales corrientes contrarias, en tanto persistan las condiciones económicas y sociales favorables a la prueba de Marx; pero no lo es tanto como a veces se dice y, sobre todo, lo será mucho menos cuando dejando a un lado los estériles gritos de miedo, las posturas histéricas y las continuas imputaciones contra Rusia y el comunismo—que ya conocemos de memoria, que sabemos verdaderas, pero que a nada conducen—, nos empleemos en una labor seria, oponiendo a sus aspiraciones las nuestras; a sus realidades sociales, las nuestras; a su sentido del sacrificio y la disciplina, otro aún mayor; a su concepto de hombre máquina el concepto de hombre portador de valores eternos; y a su concepto materialista de la Historia, la concepción fidelista. Rodeándonos de una mística más eficaz que la suya y, en fin, haciendo que el odiado mundo no comunista al que ellos atacan alcance a ser inatacable por ascenso hacia lo moral, lo justo y lo bello que en una auténtica «civitas cristiana» puede hallarse y que la Hispanidad busca de nuevo para sus hombres y para sus pueblos.

Que, en suma, como ha dicho Pío XI, «el comunismo retroceda ante la comunidad de los hombres» y que esa comunidad tenga el auténtico aliento cristiano que está dispuesto a sostener nuevamente lo hispánico.

El comunismo en Iberoamérica.

Y ¿cuál es la presencia comunista en los países de Iberoamérica? ¿Cómo se opone al ideal hispánico? Esos pueblos, polarizados—como ya hemos visto—por Washington, pueden estarlo también por Moscú; y así, en su atomización, transcurren hoy por la hora pendular que marca una oscilación del mundo: capitalismo, comunismo; capitalismo, comunismo...

De los países de la Hispanidad, sólo en los americanos—y no en todos—tiene carta de legalidad el partido comunista. El régimen portugués de Oliveira Salazar, se ha defendido siempre contra el peligro y España lo batió después de inmolar un millón de hombres en la primera jornada de una revolución que tiene que cubrir ahora la segunda fase, de amor y realidades sociales, si quiere verlo definitivamente vencido. Por el contrario, Hispanoamérica se ofrece hoy como un magnífico campo de pruebas: un terreno fértil, unas masas aptas y unas perspectivas halagüeñas. Hombres a los que todavía se puede seducir; democracias desconcertadas, inmaturas, trampolines

magníficos para el salto; casi ningún movimiento social serio; una fe vacilante; lo óptimo y lo pésimo codo con codo en el panorama social; una industrialización en ciernes; una absurda política yanqui; una intelectualidad aprovechable, una prevención ante la comunidad verdadera y una vida espiritual deficiente. ¿Qué más se puede pedir? Merece la pena extender la mano...

Y, naturalmente, el comunismo no ha vacilado en extenderla. El ambiente está hecho en potencia y ahora sólo falta orientarlo hacia un cauce conveniente que ha de desembocar en la aspiración máxima del Kremlin; para eso unos centenares de agitadores alerta en los puntos estratégicos pulsan la fiebre justa de los pueblos por una vida mejor y ofreciendo sin cesar a las masas analfabetas una hora de revancha y un sueño de bienestar. Cabe los Gobiernos, una centinela expectando los puntos flacos y, sobre todos, un afán común, una buena disciplina y la consabida práctica oportunista. Eso es todo.

Verdad es que no son demasiados los comunistas de Hispanoamérica; pero es más verdad que su falta de número está bien compensada por la disciplina y el sentido de responsabilidad de sus hombres, convertidos en gentes de acción desde el momento mismo en que ingresan; esto hace que en los partidos comunistas sea escasísimo o casi nulo el número de afiliados con los que no se puede contar para nada, tan comunes en otras organizaciones. En este sentido, el comunismo es gran puritano y exige una depuración periódica de sus grupos «para separar de ellos a los elementos reformistas o interesados» (1). Todo ello hace que no se pueda medir la fuerza del comunismo considerando simplemente el número de sus afiliados y comparándolo con el de otras fuerzas políticas.

Pero, a pesar de todo, su poder en los pueblos hispánicos no es hoy muy fuerte, aunque sí pueden serlo sus posibilidades futuras. La realidad de la fuerza roja, falseada unas veces por sus mismos dirigentes y otras por sus enemigos, no es por eso mismo bien conocida. Probablemente sean los más ciertos los datos establecidos a este respecto por la sección «Latinoamérica» del Departamento de Estado norteamericano, de los cuales (2) extraemos las cifras de afiliados en lo correspondiente a la América hispana. El total de miembros comunistas iberoamericanos es de unos 525.000 para una población de 170.000.000 de habitantes (incluída la de España y Portugal), lo que arroja un porcentaje de 3,3 comunistas por cada mil personas, poco considerable en efecto, pero digno de tenerse en cuenta si en vez de atenernos al número consideramos mejor su eficiencia.

(1) Cláusula décimotercera de la Internacional comunista.
(2) Transcritos por «Newsweek» de 14 de junio de 1948.

Claro es que esta cifra se da sólo para los afiliados. Los simpatizantes son, como puede suponerse, muchos más: muy difícil es concretar su cantidad, pero a juzgar por diversas informaciones electorales y otras que he podido ir recogiendo en los tres últimos años, se puede calcular «grosso modo» en más de dos millones. Lo cual, como se ve, tampoco es demasiado, sobre todo si se tiene en cuenta que sólo en Italia hay 2.200.000 (considerando solamente los afiliados); en Francia, 1.300.000, y en Checoslovaquia, 1.000.000; lo que no ha impedido que sean derrotados legalmente tanto en Italia como en Francia, por poderes ciertamente bastante débiles; y que, en Checoslovaquia asaltasen el poder precisamente ante la misma perspectiva de una derrota electoral, a pesar de ocupar un lugar estratégico tras el «telón de acero», en plena zona de influencia soviética.

El número de afiliados al comunismo en los países hispánicos es equivalente, con una escasa diferencia, al de Rumania, donde ascienden también a más de medio millón, para una población de veinte. Son, pues, hoy por hoy, los pueblos de la Hispanidad—y a pesar de la fertilidad de su suelo para la siembra del comunismo—, los que menos comunistas cuentan. A las declaraciones de ilegalidad ya viejas en Portugal y España, se han sumado las de Nicaragua, Santo Domingo, Brasil, Costa Rica, Chile, Colombia y Perú (1).

En Bolivia no existe oficialmente el partido, y lo mismo ocurre en Honduras y El Salvador, lo cual no significa que pueda existir subterráneamente o con el disfraz de otros nombres, cosa bastante común, sobre todo en Centroamérica.

De hecho, tan sólo en Cuba, Brasil y Chile es el comunismo un factor de importancia. Las dos últimas han cerrado sus cuadros, colocándolo fuera de la ley, a pesar de que, en Chile, el presidente González Videla, debía su elección a los votos comunistas; en Cuba, cabeza del comunismo continental de las fuerzas, el nuevo presidente Prio Socarrás ha prometido una fuerte reacción contra el peligro y, en general, toda América ha ido experimentando una saludable reacción anticomunista, todavía algo confusa y de signo no muy claro en algunos puntos, que será bueno aceptar por ahora.

La táctica.

Hemos dicho que resultaría medida grosera y engañosa la de calibrar la fuerza del comunismo iberoamericano por el número de sus afiliados. Si no supusiésemos que ese rasero falla, en esta ocasión

(1) Diciembre de 1948.

estaríamos del todo tranquilos después de haber comprobado la existencia de ese porcentaje insignificante que acabamos de señalar; pero nos queda por ver la realidad de su táctica y estrategia antes de darnos por satisfechos del examen de las probabilidades del Comunismo frente a la Hispanidad: después habrá que ver también lo que una y otra puedan ofrecer al mundo de hoy, los defectos propios, favorables para su expansión, y la propia voluntad de vencerlo.

La actual táctica comunista para Hispanoamérica parece seguir las huellas de signo staliniano que marcó la primera etapa de la revolución, es decir, reforzarse y esperar. No es probable que Moscú haya dejado de tener en cuenta las enseñanzas de su fracaso en aquella primera y atropellada salida por Europa sin la debida preparación y, por eso, prefiere ahora no jugar la carta final hasta ver en cada país un partido comunista de consistencia y un ambiente general apropiado, como producto del previo fomento de ciertas condiciones económicas y sociales capaces de ayudar en un momento dado a la rápida conquista del Poder.

El fomento de esas condiciones, la creación de un clima apropiado y el desarrollo de unos partidos eficaces es, pues, la tarea actual del bolchevismo en el mundo hispánico, que se realiza simultáneamente y con tácticas diversas adecuadas a la situación y régimen de cada país. Donde la ley reconoce oficialmente su existencia, funciona aparentemente como un partido más, aunque apoyado en otras fuerzas menos visibles y sin duda más efectivas. Tal sistema se ordena expresamente a los partidos legalizados en la cláusula tercera de la IV Internacional (Kominform): «Los grupos comunistas cuidarán de no fiarse de su postura de organización legalizada en ningún país, y paralelamente a las organizaciones cuya existencia legal esté permitida deben crearse organizaciones clandestinas. Una y otra deberán colaborar estrechamente, de tal modo que la segunda pueda, sin perjuicio, reemplazar a la primera tan pronto como se produjera un estado de guerra o que en cualquier nación fuesen dictadas leyes que disminuyeran las oportunidades de lucha legal de los grupos comunistas.»

En los Estados donde no se permite su existencia, no hay que decir que vive con más o menos dificultades dentro de la clandestinidad.

Portugal nunca ha mantenido relaciones con la Rusia soviética, así como España —salvo en período de guerra civil y por parte del Gobierno rojo—; las Repúblicas iberoamericanas tampoco han tenido contacto oficial con la U. R. S. S. hasta el año 1944, exceptuando unos cortos intervalos de relaciones sostenidas por Mé-

jico y Uruguay después de 1920. Pues bien; a pesar de ello, el comunismo internacional ha ido logrando la formación de sus cuadros, legales o no, que, aunque en muchos sitios no merecen tenerse en cuenta, constituyen la base para intentar un buen clima por medio de la agitación y la propaganda (1).

Estos núcleos no se preocupan tanto de ir a por votos como de agitar e intervenir en los organismos e industrias vitales por medio de una labor sistemática de obstrucción o proselitismo, según los casos. En Hispanoamérica han ejercido hasta ahora su actividad preferente cerca de los mineros del cobre y nitrato de Chile, los obreros de las industrias petrolíferas de Méjico, Venezuela y Colombia, los cargadores argentinos y los transportistas en general. Todo ello está naturalmente orientado desde Moscú, cuartel general bolchevique, y es la U. R. S. S. la que debe recoger los beneficios de tal actitud en todo el mundo. Las palabras de Carlos Prestes, secretario general del partido en el Brasil, son de claridad tajante a este respecto: «Si el Brasil llegase a combatir contra Rusia yo formaría en los grupos de guerrilleros y, junto a mis correligionarios, lucharía activamente en favor de Rusia.» Tales palabras corresponden al espíritu de la décimocuarta cláusula de la Internacional de Varsovia, que tampoco deja lugar a dudas: «Los grupos que deseen pertenecer a la Internacional comunista mantendrán sin reservas su apoyo a las Repúblicas soviéticas en su lucha contra la contrarrevolución, preconizando constantemente entre los obreros el boicot de todo transporte de municiones destinadas a los enemigos de estas Repúblicas, y mantendrán legalmente, o en forma ilegal, si es preciso, la propaganda entre las tropas enviadas para combatir a la Unión Soviética.»

Labor rusa.

A pesar de todo, no es evidente que las actividades comunistas en América estén subvencionadas por Moscú. Parece ser que la labor rusa se limita a lanzar orientaciones y preparar a los dirigentes, aunque con toda exactitud no sabemos si de hecho no sobrepasa esta limitación. Los comunistas afirman que no; uno de ellos, brasileño, decía no hace mucho: «Así como los católicos miran a Roma, nosotros volvemos los ojos a Moscú, en busca de inspira-

(1) «Es absolutamente necesario organizar y mantener una agitación persistente dentro de las fuerzas armadas» (cláusula IV de la Kominform). «Es necesaria una propaganda racional en los campos...» (cláusula V). «Todo grupo comunista realizará una propaganda sistemática en el seno de los Sindicatos, Cooperativas y Comunidades...» (cláusula IX).

ción; pero al igual que la jerarquía católica, mandamos en nuestra casa.»

Desde luego, todos o casi todos los dirigentes comunistas hispanoamericanos son súbditos de los propios países donde actúan, y la excepción actual está casi toda constituída por los exilados españoles o los desplazados de otros países americanos. Los «leaders», sin embargo, han viajado a la meta roja y en Moscú han vivido y se han formado: Prestes ha sido ingeniero en la U. R. S. S.; el mejicano Vicente Lombardo fué recibido por Stalin; el cubano-polaco Grobert se ha modelado en Rusia, y así casi todos.

Pero a pesar de esto, según informaciones dignas de algún crédito, son los diplomáticos rusos legalmente establecidos en las Repúblicas de Hispanoamérica los que orientan a esos dirigentes desde la sombra, de modo que su labor exclusivamente diplomática suele ser pura teoría. En la actualidad las Embajadas soviéticas en Iberoamérica vienen a tener más personal que las de cualquier otro Estado, aun cuando es realmente insignificante el número de sus súbditos y los negocios que Rusia posee allí. Por el contrario, el Politburó no permite que, de hecho, las Embajadas iberoamericanas en Moscú cuenten con más de cinco personas.

Los diplomáticos rusos que han ido últimamente a ocupar puestos en América son generalmente desconocidos incluso en el propio Moscú, pero están bien impuestos en las campañas del partido para el exterior y son capaces de dar orientaciones en un momento dado. Se asegura que hasta hace poco eran seiscientos los funcionarios rusos repartidos por toda Hispanoamérica.

El centro de la actividad soviética estaba antes en su Embajada de Méjico, bajo la dirección del joven Oumanski, bien formado en estas lides, que supo ver con suma perspicacia la situación real y aprovechó en su favor el sentimiento tradicional antiyanqui e hispánico de las masas en cada caso; pero después de su muerte, en 1945, el centro se trasladó a la Embajada de La Habana, que tiene una dotación —según Van Narving— de 87 personas, aunque oficialmente sólo constan cuatro.

Aparte de esto, Moscú procura ir situando en puntos estratégicos a destacados elementos comunistas extranjeros —especialmente checos, alemanes, yugoslavos y polacos— buenos conocedores de los problemas y resortes de los pueblos donde han vivido desde la pasada guerra. El canal de Panamá y sus zonas limítrofes, por su envidiable situación estratégica, suele ser el terreno donde el comunismo trabaja a mejor paso: unos quince mil agentes indígenas y extranjeros se mueven en su torno, preocupando con ello a los Es-

tados Unidos, quienes con picazón estadística señalan ese número por radios, periódicos y ediciones de propaganda.

La reacción, insegura.

Con todo, la fuerza comunista se ha puesto a la defensiva en toda América, lo que no quiere decir que tenga que ser ésa su postura de ahora en adelante. Ocurre simplemente, que le es conveniente en esta oportunidad; pero de ahí a considerar que el bolcheviquismo se bate en retirada de América va un buen trecho; cosa que no ha impedido que sean bastantes los americanos que, cándidamente, han tomado el eclipse parcial por total.

Aparte algunas consideraciones ya tocadas y a las que volveremos, que atenúan nuestro posible optimismo sobre la autenticidad de tal eclipse comunista, hay otras más a la vista sobre la verdad de la evidente reacción hispanoamericana contra el peligro. Se trata del débil origen de la reacción y la escasa estabilidad de su base, todo lo cual da pie para considerar un probable poco éxito en el futuro.

Y hemos dicho que, como españoles que vivimos en nuestro suelo y en nuestras gentes la más dura experiencia del comunismo internacional, sabemos que no se le puede asustar con declaraciones legales ni se le puede vencer en definitiva si no es superándole en todo lo que tiene de aspiración justa hacia una sociedad mejor. Nuestras más claras cabezas no han negado la justicia que presidió su nacimiento y no es justo hacer ahora tabla rasa de todos sus valores. Si esto es así, no podemos pensar que la actual reacción americana sea el camino más seguro para eliminar al comunismo. Y ello, por diversas razones.

En primer lugar, no se oculta que el revolverse del mundo de hoy —y, por tanto, de Hispanoamérica— contra el comunismo, está en buena parte inspirado por Norteamérica; no porque se sepa ahora que el comunismo es malo, que eso lo viene diciendo la voz universal de Roma desde antiguo y algunas voces más, entre ellas la constante de España, sino porque se ve el riesgo palpable del choque de los imperialistas, cosa que antes se quería negar con la inexplicable política del avestruz. Ya hay algo, pues, que debe prevenirnos: el momento actual anticomunista es, sobre todo, la toma de posiciones de un imperialismo conservador contra la revolución imperialista. Ambos son poderes del materialismo y, por tanto, niegan o desconocen los valores del espíritu.

En segundo lugar, toda persecución del comunismo en Hispanoamérica no va sostenida por una acción real anticomunista; es decir, por una actuación social que estirpe las causas de las cuales puede resurgir, y con más fuerza si cabe, el efecto marxista. Así, la reacción se queda en la primera etapa, la más fácil sin duda; pero las masas siguen de hecho colocándose en el platillo de la balanza favorable al comunismo; continúa, en general, sumida en la miseria y en el analfabetismo, gérmenes que en tanto existan acentúan las posibilidades de la revolución.

La actuación peculiar del comunismo en América, maniobrando disfrazado unas veces; a las claras, otras; con un sentido aliancista en muchas y de franca repulsa a movimientos aprovechables, en otras; quizá también los propios errores de la táctica y sus cambios, como consecuencia de ellos, han hecho que se le confunda con frecuencia y que se le dejen libres las manos cuando había de atárselas, al tiempo que se maniataba a movimientos que, acusados de totalitarios por una mera apariencia externa, tenían su entraña en la más honda tradición americana.

Pero sean cuales fueran las causas, el caso es que la última reacción de América ante el comunismo, a fuer de tardía, parece no estar dentro de la constante histórica que debe presidir el avance de los pueblos hispánicos.

La Hispanidad no puede aceptar la rotunda negación de un materialismo para ponerse a servir a otro. Desde su atalaya del espíritu, el meridiano hispánico dista tanto del comunismo euroasiático como del capitalismo norteamericano.

Contra comunismo, comunidad.

Rusia es hoy el «leit-motiv» del más voluminoso movimiento de los espíritus de todo el mundo: se habla de Rusia, se escribe de Rusia, se hace «cine» sobre Rusia... Se la odia o se la admira, confundida con la doctrina comunista.

¿Será Rusia el gran mito del siglo? Los efectos del monstruo son demasiado sensibles para creerlo así. ¿Puede guardar, entonces, ese país misterioso, algún mensaje para el mundo moderno? Sería irrisorio hacer aspavientos gazmoños ante la pregunta; tan irrisorio como pretender negar la existencia de un alma rusa, vasta como las estepas, con afán inmoderado de saber de todo y de bucear en todo, cuya creencia más fuerte posiblemente sea la de que debe ser suyo el destino de la Humanidad.

Esta creencia ha venido a ser reforzada por el ideario comunista: hay que hacer un mundo comunista. Por eso, el comunismo concierta hoy una simbiosis perfecta con la Rusia histórica.

Todo ello ha hecho que se quiera ver en Moscú una tercera Roma, con un indudable misticismo atormentado; de esta forma, el pueblo ruso, convertido en el centro de una atención progresiva y en motivo explotable por novelistas y filósofos, es comunista por tanto que no deja de ser ruso.

Puramente materializado, cree con toda firmeza que lo que hoy ocurre en el mundo no es otra cosa que la descomposición de una cultura burguesa que debe dar paso a la nueva era de creación rusa: la sociedad socialista. Todo movimiento filosófico, político-social, literario o artístico del mundo moderno no ruso es considerado en Moscú como un síntoma de la decadencia de esa civilización burguesa en pugna estéril por una sobrevida incierta; y, naturalmente, la acción comunista se dirige a acelerar la descomposición de la sociedad no comunista. El comunismo —se ha dicho— es capaz de llevar a cabo la desintegración vertical de las clases, de minar las bases morales de los pueblos... Pero ¿es justo zafar la responsabilidad propia totalmente, por haber encontrado esa magnífica cabeza de turco del comunismo? Si el comunismo triunfa, ¿no será porque hay un clima propicio de cuyas causas no es culpable él, sino los demás? ¿Se cree acaso que si no existieran Rusia ni el comunismo dejarían de ser muchos de los males que a ellos solos se les achacan?...

Lo que hay que hacer frente a él es no considerarlo como un peligro, y defenderse, sino observarlo como hecho y desmontarlo. Pero antes hay que tener el valor de desmontar los propios defectos; «hay que tener el valor de desmontar el capitalismo» y hay que decidirse a la integración si se quiere eludir la desintegración; a la manutención de las fuerzas del espíritu si se quiere luchar contra la materialización; y hay que ir a la comunidad para no dejarse ganar por el comunismo.

F. Gil y Tovar.
Universidad de
GRANADA (España).